

LUCHA DE CLASES Y PERSPECTIVA ANTICAPITALISTA: UNA MIRADA QUE INCLUYE A AMÉRICA LATINA

Campione, Daniel *

1. La ‘historia humana es la historia de la lucha de clases’, afirma el *Manifiesto Comunista*. Y presenta a la clase obrera como portadora de la emancipación universal, a partir de su potencial para producir la negación en términos históricos de la sociedad capitalista, y con ella de toda sociedad de clases.
2. En respuesta a ello, durante los últimos ciento cincuenta años, las fuerzas conservadoras no sólo se han empeñado en negar la potencialidad revolucionaria de los trabajadores, sino en profetizar el ocaso de la clase trabajadora en sí misma, su hundimiento en el pasado. Se comprende, en la lógica de quienes pretenden conservar su riqueza y su poder social: No hay mejor forma de exorcizar la posibilidad de una revolución obrera, que instaurar la creencia de que no hay tales obreros.
3. La muerte de la clase obrera, o la extinción de su fuerza social y su eficacia política, ha sido anunciada mil veces, a menudo como forma de acercar imaginariamente la extinción de toda perspectiva de construcción anticapitalista, cuando no de todo conflicto social.
4. Las últimas décadas han marcado un cuestionamiento más fuerte de la centralidad del enfrentamiento de clases en el proceso histórico, cuando no a la propia existencia de las clases, o al menos de su pertinencia a la hora de pensar en la transformación social, en la posibilidad de sociedades montadas sobre otras bases que el predominio indisputado del gran capital.
5. También se ha cuestionado la utilidad del concepto ‘imperialismo’, como expresión concentrada del poder capitalista, sin embargo de tratarse de un período signado por la concentración y centralización del capital, y la mundialización de las inversiones capitalistas. Nuestro intento es apuntar algunas ideas hacia el rescate de la lucha de clases como camino sustantivo de transformación de las sociedades humanas, y ver algunos aspectos de cómo ello se presenta en América Latina.

CENTRALIDAD DEL CONFLICTO DE CLASES

6. El concepto de clase social, y la del conflicto social, político y cultural que de él se deriva, nació en la época de la primera revolución industrial y del capitalismo de libre competencia, se desarrolló más ampliamente entre las complejidades que ya le imponía la era del ‘fordismo’, la cadena de producción y los grandes monopolios, y ha venido a entrar en fuerte crisis con la reformulación integral del capitalismo que con un poco de pereza intelectual y otro poco de reduccionismo, solemos llamar ‘neoliberalismo’. Puede y debe rescatarse la idea de que, en la actualidad, seguimos asistiendo a la batalla del capital por expropiar al trabajo, por neutralizar la capacidad de resistencia de los trabajadores, por reducir al aislamiento individual o a formas organizativas débiles y subordinadas a las clases subalternas. Y por imponer en todo el mundo una concepción del mundo que, bajo diversas formas y presentaciones, esconde el núcleo duro del acatamiento a unas relaciones

* El autor es profesor de la Universidad de Buenos Aires— Argentina. dcampione@fullzero.com.ar

de poder mundial que colocan a las grandes corporaciones a la cabeza de las grandes decisiones, en el lugar de quién marca el rumbo del mundo.

7. Las últimas décadas han dado lugar a una reacción contra el ‘reduccionismo’ de clase, y a un señalamiento y desarrollo de una serie de problemáticas que un clasismo lineal dejaba en las sombras, o directamente negaba en su existencia. Lo necesario, nos parece, es resolver esas omisiones, pero sin perder de vista que la lucha de clases es ‘la forma de lo social’, sobredetermina a todos los demás fenómenos sociales, y no es posible permanecer neutral ante ella. Hay que aprender, en la línea de Gramsci y Raymond Williams, que la relación entre estructura de clases, política e ideología es compleja y mediada, pero decisiva. La pretensión de explicar el cambio social sólo a través del enfrentamiento de clases, peca de incompletitud. Intentarlo excluyendo el conflicto de raíz clasista, resulta profundamente erróneo

LOS NUEVOS PROBLEMAS

8. Una enseñanza fundamental que los últimos años deberían dejar al movimiento contestatario y anticapitalista en general, y al pensamiento marxista en particular, es que su transcurso ha ido mostrando cuántos problemas habían sido ignorados, minusvalorados o tergiversados por la tradición marxista a lo largo del siglo XX. Ya Gramsci advertía contra una ‘vulgarización’ un achatamiento del pensamiento marxista, de la ‘filosofía de la praxis’, que en aras de difundirlo y de hacer carne en las masas sus planteos, perdiera capacidad para apreciar la diversidad y complejidad creciente de una realidad cuya velocidad de cambio no hizo más que acelerarse. El pensamiento socialista dominante se acható en el DIAMAT, en una perspectiva fatalista, economicista, reduccionista, que agrisó los lentes a la hora de percibir la problemática ecológica, étnica, de género, la derivada de la complejidad de la mente humana. Avances auténticos del pensamiento y del arte, fueron desechados como ‘burgueses’, se los redujo a ‘teratología intelectual’, como decía G., meros delirios o desbordes apologéticos, innecesarios de ser tenidos en cuenta para los poseedores de la ‘única doctrina científica’, es decir de algo que ya amenazaba dejar de entroncar con la tradición socialista revolucionaria para convertirse en una ideología justificatoria de regímenes en vías de perder consenso aceleradamente. Y lo alarmante es que, muy a menudo, eran justamente las expresiones más profundamente cuestionadoras, o con más potencialidad para animar expresiones que si lo fueran, las más rápida y globalmente desechadas. El ‘marxismo soviético’ al que H. Marcuse le dedicó un libro con aspectos discutibles pero cuyo balance de conjunto resultaba demoledor, no era una ideología de vanguardia, sino conservadora, no podía encabezar un avance, sino un encapsulamiento que presagiaba un retroceso.

9. Y en lo que respecta a la lucha de clases el problema es que, exaltando verbalmente su importancia, se dejó de ponerla en primer plano, en el pensamiento y en la acción. El estado socialista pasaba a ser el portador por excelencia de la transformación social, la ‘patria del socialismo’. Eso sí, se siguió utilizando el pretexto del reduccionismo clasista para mandar al desván de las ‘desviaciones pequeño burguesas’ a toda expresión que matizara la preeminencia de la clase obrera industrial en el movimiento anticapitalista, o que pusiera en duda que la competencia entre los dos bloques era el preámbulo del triunfo definitivo de la causa del socialismo encarnada en la Unión Soviética y los países del Este.

10. Es cierto hoy que los cambios en el proceso de producción, en la configuración y complejidad de la sociedad civil, en la estructura y funciones de los aparatos estatales, modifica la problemática de clase tal como fue concebida en la época de Marx y el Manifiesto Comunista. Pero la verdad fundamental del proceso de concentración y centralización del capital, el empobrecimiento relativo y la ‘proletarización’ generalizada (muchas veces en formas y modalidades distintas a las ‘clásicas’) de sectores cada vez más amplios de la población, continúa vigente. La relación del hombre con la máquina y con los bienes de consumo no es la misma que la del siglo XIX. La clase obrera industrial ha sufrido modificaciones ‘estructurales’ y de conciencia enormes, que no pueden ‘contrarrestarse’ con estadísticas que demuestren que el número de obreros en el mundo es hoy muy superior al de varias décadas atrás. Pero el antagonismo central en quiénes son propietarios y quiénes no, entre quiénes lucran con el trabajo ajeno y los que experimentan la exacción de buena parte de lo que producen, entre quiénes encuentran en la destrucción de la naturaleza su ganancia, o al menos deben depredar para obtenerla, y quiénes sufren las consecuencias de la degradación del medio ambiente; continúa vigente, y se agudiza.

11. Los días de la plena ocupación, los salarios en perdurable ascenso, las políticas sociales en expansión, y la producción de bienes masivos buscando agigantar cada vez más su mercado consumidor, han pasado. Los ‘treinta años gloriosos’ posteriores a 1945, hoy lo sabemos, no eran el comienzo de un capitalismo progresivamente más equitativo y justo, con la potencia destructora de las ‘fuerzas del mercado’ limitadas por la acción estatal y de las organizaciones sociales, sino un particular interregno al salvajismo capitalista imperante antes y después de aquellas décadas. Las contradicciones vuelven a ser más visibles, y el capitalismo torna a tener en primer plano la sustancia inhumana que nunca perdió.

12. El capitalismo realmente existente sigue siendo un sistema social basado de modo insoslayable en la explotación del trabajo ajeno por el capital. Continúa como un sistema que, al convertirlo todo en mercancía, no atiende las necesidades humanas, salvo cuando se expresan como demanda solvente, como poder adquisitivo que puede comprar lo que necesita o cree necesitar. Los males sustantivos de la sociedad capitalista, ya señalados por Marx, siguen en pie: El valor de cambio obtura al valor de uso, y la lógica del proceso económico no es la búsqueda de satisfacción de las necesidades humanas, como dicta la economía apologética, sino la obtención de ganancias por los propietarios de los medios de producción.

EL ANTINEOLIBERALISMO Y SUS LÍMITES

13. Es frecuente que se subsuma (y en algunos caso se oculte) la problemática del capitalismo, bajo el rótulo del ‘neoliberalismo’, que en suma no es más que una doctrina legitimadora de la última etapa capitalista. El problema de la época no es que vivamos bajo el imperio de una doctrina siniestra. Ella es más parte del síntoma que la patología en sí misma. Estamos aun atravesando una recomposición del capitalismo socialmente regresiva, que asumió la forma de una ofensiva en toda la línea del gran capital internacional contra las conquistas logradas por trabajadores y clases subalternas en general. Esa contraofensiva adquirió una potencialidad política sustancialmente mayor que la inicial, cuando a comienzos de los años 90’, en parte como resultado de esa ofensiva, se produjo la caída de la URSS y quedó diseñado un mundo unipolar, con EE.UU como potencia militar indisputada, además de seguir siendo la primera economía del mundo. Los elementos de

compensación de las desigualdades, de ‘desmercantilización’ de ciertos bienes, la creación de diversos ‘seguros’ que protegían contra los rigores de las llamadas ‘leyes de mercado’ en los años del Estado de Bienestar y las políticas keynesianas, han sido disminuidos o directamente desmantelados. Mal se denomina a esta era del ‘capitalismo salvaje’, más bien debería decirse que se vuelve al ‘salvajismo’ propio del sistema.

14. La presencia de la ‘amenaza’ comunista; un modo de organización de la producción y la inversión orientado a un mercado de masas, y la creación de condiciones para un relativo aislamiento de los mercados nacionales, con los estados de cada país actuando como promotores de un crecimiento sostenido, alentaron a contrabalancear parcialmente, las tendencias ingénitas en el capitalismo a la concentración de la riqueza, la centralización de las decisiones, y la eliminación de los más débiles en el desenfrenado universo de la competencia. La caída de esas condiciones, en buena parte por las contradicciones que esta misma modalidad de capitalismo engendró, nos colocan hoy de regreso frente a un capital que se pasea desnudo, y no solamente en sus colonias, como había afirmado Marx. El centrar el peso de la crítica en el ‘neoliberalismo’ y no en el capitalismo en cuanto tal, suele encubrir la ilusión de que, de derrotarse al ‘pensamiento único’ (el otro nombre dado a la prédica neoliberal) en una ‘batalla de ideas’, se crearía condiciones para retornar a un capitalismo ‘civilizado’, liberado de lacras que no serían producto del sistema social mismo, sino del ‘dogmatismo de mercado’ que lleva a extremar sus características y a anular los posibles contrapesos a sus efectos.

15. No existe una época ‘dorada’ del capitalismo a la cual retornar. Una auténtica perspectiva de clase debería impedir idealizar, y mucho menos añorar, el arreglo social que presidió la época del ‘fordismo’, del consumo de masas y de los arreglos neocorporativos entre sindicatos, empresarios y estado. Sus ventajas frente al imperio puro y duro del capital descansaban, entre otros supuestos, sobre la imposición al movimiento de los trabajadores y otros sectores explotados, de la renuncia, desde la propia teoría, o al menos en la práctica real, a toda perspectiva revolucionaria y anticapitalista. Y más aun, buscaba el sometimiento del trabajador, su subsunción completa a la lógica del capital, en tanto productor y en tanto consumidor.¹ La crisis de 1930 y la amenaza de colapso para el capitalismo mundial que conllevaba, expandió al mundo este modelo, articulándolo con políticas estatales tendientes a garantizar o complementar su desarrollo.

16. Fue una nueva crisis de alcance mundial y singular profundidad, como la de los primeros años 70’ la que se convirtió en la oportunidad histórica de desarrollar una ofensiva del gran capital, que tendió a remover desde su base, tanto la regulación del trabajo en las unidades productivas como los arreglos neocorporativos a nivel de las políticas generales, y la acción estatal en materia de seguridad social y ‘bienestar’. El imperio puro y duro del poder del capital, volvía por sus fueros. El reino de la oferta y la demanda debía volver a su soberanía, y el mundo del trabajo a regirse por la voluntad omnímoda del empresario, dueño y señor de la sociedad capitalista, sin más ‘molestias’ por parte de sindicatos ‘demasiado’ fuertes o estados ‘excesivamente’ intervencionistas.

¹ “El objetivo de la jornada de cinco dólares y ocho horas era asegurar la sumisión del trabajador a la disciplina requerida para trabajar en el sistema de la línea de montaje. Al mismo tiempo quería suministrar a los obreros el ingreso y el tiempo libre suficientes para consumir los productos masivos que las corporaciones lanzarían al mercado en cantidades cada vez mayores. Para esto era necesario que los trabajadores supieran cómo gastar su dinero en forma adecuada.” D. Harvey, *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998 (original inglés 1990), p. 148.

LOS PROBLEMAS CON EL CONSENSO SOCIAL

17. Hoy la crítica al neoliberalismo se ha generalizado. Mas aún, cada vez son menos, aun entre los voceros de la gran empresa, los que acceden a considerarse neoliberales o partidarios de una 'economía de mercado' sin ningún tapujo. El precio en empobrecimiento generalizado de los trabajadores y otros sectores populares, la desocupación creciente, el empeoramiento de todos los indicadores relacionados con salud y educación, están produciendo una puesta en entredicho en el nivel mundial de las doctrinas ultraliberales, y aun de los poderes que son sus más evidentes portadores, en primer lugar los organismos financieros internacionales. Sin embargo, una sustantiva parte de los críticos se limitan a la prédica 'antineoliberal' y no producen una propuesta alternativa radicalmente diferente. Ello se debe en muchos casos a que chocan con sus propios condicionamientos sociales e ideológicos, que les imposibilitan ir mas allá de difusas propuestas de 'recomposición' del orden capitalista. Pero en otros se trata de que las últimas décadas de ofensiva mundial del gran capital, y de hundimiento en varios países de lo que el sentido común aceptaba como 'socialismo realmente existente', quita credibilidad a las propuestas de terminar con la organización social regida por el poder del capital, sobre todo si se lo plantea como alternativa de corto o mediano plazo.

18. Esa creencia generalizada, difícil de contrarrestar aun hoy, pasada una década y media de los sucesos de 1989 y 1991, acerca de la imposibilidad de construir una organización social no capitalista, provee al capitalismo de una suerte de consenso 'negativo', basado en su supuesto carácter de único modo de organización social posible, salvo que se retroceda a formas arcaicas de civilización.

19. Otro es el problema cuando se pretende cimentar un consenso 'positivo' hacia el ordenamiento social actual. La construcción de consenso descansa en buena parte en la producción de ideas y creencias que puedan aparecer como verosímiles. A ese respecto, los voceros del capital están perdiendo capacidad, y afrontando un problema importante, el de que muchos de sus postulados se tornan claramente inverosímiles: Siguen declamando el liberalismo político junto al económico, y aparecen limitando las libertades públicas en medida desconocida en las últimas décadas y protegiendo sus mercados frente a las amenazas provenientes del comercio exterior. Justo cuando sus intelectuales predicán la diversidad, la amplia convivencia entre culturas diferentes, se hace cada vez más evidente que la tolerancia a la pluralidad encuentra límites, incluso impuestos con sangre, a todo lo que aparezca con claridad como cuestionador o amenazante. Proclaman la necesidad de un 'crecimiento sustentable' de las economías nacionales, y cada vez son más las sociedades que crecen en el nivel de su producto bruto, pero declinan en el nivel de bienestar real de su población, incrementan la desigualdad en la distribución del ingreso, generalizan la incertidumbre y la alienación que produce un mundo en que todo es mercancía, comenzando por el trabajo humano.

20. La imagen de hoy, del primer estado capitalista declarando una guerra, contra un enemigo sin rostro y susceptible de multiplicarse al infinito, para sembrar la destrucción basado en presunciones falsas que pronto se vuelven mentiras evidentes es la demostración práctica de que el poder capitalista no tiene un discurso creíble a la hora de promocionar las creencias y valores que le son afines. La evidencia palmaria de que se prometió que el enriquecimiento de los capitalistas 'derramaría' riqueza necesariamente sobre el resto de las sociedades, y ocurrió en realidad que los capitalistas embolsaron cada vez más en medio

del empobrecimiento generalizado, es un elemento de menor espectacularidad, pero de mayor hondura, a la hora de demostrar que desde el poder se habla el lenguaje de la mentira, porque la verdad se vuelve insoportable, y por tanto impronunciable.

21. Eso no excluye que se sigan utilizando con relativo éxito otras estrategias como la *naturalización* de las relaciones sociales (no se predica su bondad sino su inevitabilidad), la descalificación por irrealistas o incoherentes de todas las ideas alternativas, el ocultamiento de la realidad social a fuerza de volverla aparentemente incomprensible, etc.² Pero todas ellas apuntan al consentimiento por la negativa, teñido de resignación, insusceptible de generar entusiasmo, o actividad alguna.

LA REBELIÓN LATINOAMERICANA

22. Se nos trata de imponer, junto con la consabida intangibilidad del capitalismo y la propiedad privada, el aislamiento nacional de los movimientos sociales, y la democracia representativa como horizonte incuestionable de organización política.

23. Las sociedades latinoamericanas están efectuando en estos últimos años un aporte sustantivo a la quiebra de ese pretendido tabú. En el subcontinente los límites de ese régimen político han sido tradicionalmente sobrepasados sólo desde la derecha³, por golpes militares u otros pronunciamientos autoritarios, en los que la gran empresa y el estado norteamericano solieron tener un compromiso sustancial. En ese esquema, las clases subalternas estaban sometidas a tener el voto como única herramienta de recambio, a menudo distorsionada por diversos fraudes y proscripciones o más sutilmente, por la carencia absoluta de alternativas reales.

24. Hoy las democracias representativas de la región continúan siendo inestables, pero son las masas populares movilizadas las que marcan sus límites, lanzándose una y otra vez a la calle hasta terminar con aquellos gobiernos elegidos que contradicen abiertamente los intereses populares más elementales, y demuestran en la práctica tener sus lazos de fidelidad con el gran capital y no con los ciudadanos que los llevaron al gobierno. Esto ha ocurrido en los últimos años en Perú, Paraguay, Bolivia, Argentina, y podrían inscribirse en el mismo sentido procesos anteriores, como el desplazamiento de Collor de Mello en Brasil, o el de Carlos Andrés Pérez en Venezuela. Y cuando las clases dominantes han intentado la vía del golpe de estado, como en Venezuela, han fracasado, justamente por la amplia movilización popular que se desató en su contra. Esa dinámica de alzamiento popular se potenció y aceleró por la cada vez más fluida comunicación existente entre nuestros países.⁴

² En un breve pasaje, T. Eagleton caracteriza distintas estrategias de legitimación del poder dominante: "...*promocionando* creencias y valores afines a él, *naturalizando* y *universalizando* tales creencias para hacerlas evidentes y aparentemente inevitables; *denigrando* ideas que pueden desafiarlo; *excluyendo* formas contrarias de pensamiento, quizás por una lógica tácita pero sistemática; y *oscureciendo* la realidad social de modo conveniente a sí misma." Terry Eagleton, *Ideología. Una introducción*. Buenos Aires, 1997.

³ Las revoluciones populares triunfantes en países latinoamericanos, como la mexicana o la cubana, se dieron a partir de alzamientos contra regímenes dictatoriales.

⁴ Así lo interpretaba Atilio Borón en un reciente reportaje: "Lo que pasó en Bolivia hace dos semanas no es independiente de lo que pasó en Argentina hace año y medio. Son países vecinos. Tenemos en Argentina una comunidad boliviana muy grande y la televisión de Buenos Aires llega a Bolivia, perfectamente. Esa gente vio cómo se tumbó a un gobierno. Aprendió la lección. Y eso los norteamericanos lo saben muy bien. Nosotros podemos dudar de la comunicabilidad, pero ellos sí tienen clarísimo que esos ejemplos tienen que ser erradicados de raíz." (Entrevista a Atilio Borón, secretario ejecutivo de CLACSO, realizada por Rosa Miriam Elizalde para *Cubadebate*, publicada en *Rebelión*, 3/11/03)

25. Es cierto que esas sublevaciones no lograron hasta ahora plasmar alternativas duraderas, que terminaron actuando como catalizador para que una fracción de la dirigencia política fuera reemplazada en el ejercicio del poder político por otra no muy diferente. Pero esa deficiencia no es hija, nos parece, de ninguna incapacidad irreversible. Se trata de que recién emergemos de dos o tres décadas de un continuado estrechamiento del ‘horizonte de lo posible’, precedido en la mayor parte de los casos por derrotas de movimientos revolucionarios, que instauraron la noción de que no debía volver a desafiarse el orden social existente, so pena de sufrir el castigo, sangriento y potencialmente ilimitado, por parte de los perennes dueños del poder. En ese contexto se había vuelto no ya ineficaz, sino casi impronunciado todo cuestionamiento raigal a las bases del orden social, y por tanto cuesta, hasta hoy, diseñar alternativas que cambien sustantivamente la arquitectura del poder político, y menos todavía las relaciones sociales fundamentales.

26. Se puede entender este proceso como parte de un aprendizaje, o mejor, de re—aprendizaje. Pero no es poca cosa que se haya instaurado esa suerte de revocatoria de facto de autoridades electas, generalmente en comicios libres y hasta impecables, pero que han perdido su legitimidad a través de un ejercicio desastroso del poder. ‘Vote cada dos o cuatro años y vuelva a su casa a ver la política por TV’ que pareció durante los años 90’ el mandato supremo del poder en cuanto al tipo de democracia ‘posible’, y que incluso era mayoritariamente acatado, se ha hecho trizas. Los profetas de la reducción definitiva del debate y la acción política al ámbito de los medios de comunicación, del abandono definitivo por las masas de las calles como el ámbito de su acción, han visto también destrozados sus pronósticos. Es algo para festejar, un rasgo positivo en la búsqueda de una democratización sustancial, no circunscripta al debate de políticos y ‘expertos’ convertido en espectáculo mediático, y a elecciones con crecientes componentes de farsa. Buena parte de lo que ‘los de abajo’ latinoamericanos han producido en los últimos diez años, fue declarado ‘imposible’ una y otra vez, por los intelectuales al servicio del poder, que hoy ven en entredicho su capacidad de análisis y predicción sobre los fenómenos sociales y políticos.

27. Los movimientos sociales que se han desarrollado en estos últimos años, desde los zapatistas a los piqueteros argentinos, pasando por los Sin Tierra brasileños y el variado mosaico boliviano, tienen en común la vindicación fuerte de mecanismos de asamblea y democracia directa, de la horizontalidad que excluye conducciones unipersonales o inamovibles, burocracias integradas a la rutina de la vida política oficial, o cristalizados liderazgos de ‘vanguardias’ que una vez autoproclamadas como tales recusan cualquier discusión sobre ese rol de conducción. Constituyen una novedad fundamental, en cuanto superan las formas de organización y lucha tradicionales, y enriquecen los planteos ideológicos habituales en las izquierdas latinoamericanas.

28. El conflicto de clases se encuentra allí presente, como realidad objetiva y como concepción que anima a esos movimientos, y se proyecta en una idea de ‘construir’ poder y no simplemente ‘tomarlo’, de constituir modos de decisión que no se diferencien de los del capitalismo sólo por sus objetivos últimos, sino también por su modo de operar, por el grado de autonomía verdadera obtenida por ‘los de abajo’.

29. El campo y la ciudad, lo muy moderno y lo de apariencia arcaica, los jóvenes internautas⁵ y los viejos obreros o campesinos curtidos por largas décadas de lucha, suelen

⁵ Un análisis temprano de la potencialidad adquirida por los sectores contestarios en lo que denomina ‘la dimensión electrónica de las luchas políticas’, plano en el que considera superan a corporaciones y gobiernos, puede encontrarse en

converger en una voluntad de cambio radical, que no lo ve sólo como económico y político, sino también como social y cultural en el sentido más amplio del término. No serán meras victorias electorales, pero tampoco venturosos golpes de mano, los que abrirán el camino a las transformaciones verdaderamente radicales, a cambios que por profundos sean difíciles de revertir. Los grandes acontecimientos contribuyen a producir efectos perdurables cuando logran formar parte de un proceso más prolongado, capaz de proyectarse en la ‘larga duración’, o al menos en el mediano plazo.⁶

30. Lo cierto es que en Argentina, en Bolivia, en Ecuador, las rebeliones populares fueron precedidas o acompañadas por formidables ‘explosiones democráticas’, por la expansión del impulso a tomar el ‘mundo en las propias manos’, a dejar de acatar, y pasar a ‘atacar’, a las jerarquías y posiciones que estructuran el poder social. Es cierto que este impulso no llegó a generalizarse lo suficiente y a consolidarse, y buena parte de las clases subalternas, aun las movilizadas, quedaron presas de la idea vieja de que ‘pueden lograrse la libertad y la justicia simplemente poniendo a funcionar el aparato estatal ya existente y sus mecanismos democráticos.’⁷

31. El futuro cercano de América Latina nos remite, creemos, a caminos complejos, susceptibles de sufrir pausas, retrocesos, desviaciones, de procesos que pueden ser malentendidos, o volverse ininteligibles, si se carece de una mirada de largo alcance, de una comprensión verdaderamente ‘histórica’, en el sentido de capaz de apreciar la ‘totalidad’ en el fárrago de particularidades.

32. El devenir latinoamericano, sufre una serie de ‘corsés’ aplicados a ahogar toda perspectiva de un tiempo social diferente. Tales obstáculos se manifiestan en forma de deuda externa eternizada, de la supuesta intangibilidad de los intereses del gran capital, de la ‘democracia’ como un régimen a aceptar acríticamente, sin objetar su carácter de ‘gobierno del pueblo’, etc. Removerlos no es una tarea que se resuelva en meses, ni siquiera en un par de años.

33. Los límites existen en las propias conciencias de los dominados, y en herramientas de dominación heterogéneas, diseminadas, y por eso mismo muy sólidas. No tienen la forma de una fortaleza, sino más bien la de múltiples telas de araña en la cual es muy difícil no quedar enredado. Su fuerza no viene de su capacidad de reprimir (que la tienen), sino de sus amplias facultades para reconstituirse bajo nuevas apariencias, cooptar a los que notan vacilantes o timoratos, desprestigiar, aislar, anular a los que se le oponen con mayor decisión, absorber las críticas, regurgitarlas, asumirlas como propias una vez privadas de sus aristas filosas; controlar discretamente, golpear sin producir heridas sangrantes, desorganizar sin recurrir a las prohibiciones ni a la violencia explícita. Pero ese amplio conglomerado de recursos ‘simbólicos’, cimentado en una ilimitada provisión de recursos materiales, no es invencible, presenta serias brechas que pueden ampliarse y erosionar su poder, a conciencia de que se lleve una lucha múltiple, consciente y paciente, contra él.

Harry Cleaver “Los zapatistas y la circulación internacional de las luchas. Lecciones sugeridas y problemas en aumento.” en *Periferias*, Año 4, N° 6. Primer Semestre de 1999 (la edición original en inglés es de 1998), pp. 31—56. Seis años después, cuando el desarrollo contestatario en *Internet* se ha multiplicado por varias veces, y su efecto sobre las redes internacionales de luchadores actual o potencialmente anticapitalistas ha seguido un desarrollo similar, ese enfoque cobra un especial significado.

⁶ Utilizamos el término ‘larga duración’ en un sentido aproximado al que le asigna Braudel en su famoso artículo del mismo nombre, aunque rescatando la proyección del ‘acontecimiento’, que el gran historiador francés circunscribía quizás demasiado enfáticamente al ‘tiempo corto’ (cf. Fernand Braudel, “La larga duración”, incluido en la compilación *Las ambiciones de la historia*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 147—177.

⁷ Slavoj Žižek, *A propósito de Lenin, política y subjetividad en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, 2004, p. 16.

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA SENDA INTERNACIONALISTA

34. En cuánto al quiebre del aislamiento nacional, nos parece que hay también un largo camino por recorrer. Las formas internacionales que se dieron las fuerzas anticapitalistas desde la segunda mitad del siglo XIX, han sido llevadas bien a la transformación en algo bien distinto a los propósitos iniciales que la impulsaron, o a la completa disolución.

35. La Internacional Socialista, prostituida ante el gran capital y las políticas estadounidenses, con muchos de sus partidos convertidos en corifeos de las políticas neoliberales, cuando no erigidos en mentores de una ‘tercera vía’ para mejor justificar su aplicación, marcó un camino de bancarrota del internacionalismo de izquierda.

36. El llamado movimiento comunista internacional, tras abortar tempranamente la organización internacional efectiva, y reducir el componente internacionalista al liderazgo informal pero absorbente del estado soviético, señaló otra línea hacia la bancarrota.

37. La primera corriente terminó renunciando por completo a un camino anticapitalista. La segunda, hipotecándolo todo a la defensa de una burocratización indetenible que se empeñó en considerarse el único socialismo posible, y en descalificar, combatir o ignorar las opciones críticas que surgían a su izquierda (y que por esa acción destructiva, y por debilidades propias, tampoco se constituyeron nunca en una efectiva alternativa internacionalista).

38. Valiéndose de ambas falencias, el pensamiento hegemónico se dedicó a desprestigiar la noción misma del internacionalismo entre las clases subalternas y los movimientos contestatarios en especial. Y mientras tanto se dedicó a practicar en medida creciente el ‘internacionalismo’ del capital, claro que no dándole ese nombre, sino el de ‘globalización’, el término clave de los años 90’, para disfrazarlo como un proceso objetivo e indetenible, frente al cuál resultaría impensable cualquier propuesta alternativa. Los que se opusieran serían; o bien ignorantes atados a un mundo extinguido, o utopistas ‘redentores’ que desprecian los condicionamientos existentes en el mundo real.

39. Un viejo refrán decía que había que tomar el consejo del enemigo. En este caso es aplicable: El proclamado cierre de toda perspectiva internacionalista, el supuesto fatal desemboque en la ineficacia o el totalitarismo de cualquier tentativa de ese tipo, no hace sino ocultar la necesidad de adoptar una perspectiva mundial para el movimiento de ‘los de abajo’. En las épocas en que el capital está más mundializado que nunca, en que los lazos entre los representantes del poder mundial marcan una ligazón sin precedentes, sólo la imbecilidad o el ánimo de perjudicar a los explotados, puede acoger la idea de que las alianzas internacionales son superfluas o perjudiciales para las clases dominadas y explotadas. Los que el pensamiento oficial se apresuró a bautizar como ‘globalifóbicos’ (nombre indicado para una patología, no para un movimiento social o una doctrina progresivos) han tenido como mérito central poner en primer plano esa proyección internacionalista, al ‘mundializar’ sus reclamos, y no cargar contra gobiernos nacionales aislados sino contra encarnaciones del poder capitalista mundial, desde el FMI al Foro de Davos, pasando por reuniones del Grupo de los Siete.

40. Pero para desarrollar a fondo un renacer del internacionalismo, falta relanzar con toda la fuerza una idea básica que caracterizó en su tiempo al llamado internacionalismo proletario, y procuró inmunizar a los trabajadores contra el nacionalismo burgués: la de que tienen infinitamente más en común, en intereses y perspectiva histórica, un trabajador malayo, otro alemán, neocelandés o boliviano, que cada uno de ellos con los grandes capitalistas de

su país. Si algún sentido progresivo y anticapitalista puede tener la idea de nación, es la de entenderla como la comunidad de todos los explotados, excluidos o asqueados por el imperio de la desigualdad e injusticia de un país. Eso si se la acompaña con el propósito de articularse con las demás ‘naciones’ de pueblos trabajadores y explotados, contra las grandes corporaciones del capital. El pensamiento hegemónico hoy trata de expandir la idea de que el verdadero pensamiento radical, de izquierda, es el guiado hacia la reivindicación de los particularismos, el que no está orientado a transformar el conjunto del sistema social, sino a ‘dar voz’ a diversos sectores y ‘minorías’, orientando a esas ‘voces’ a encerrarse en su propio *ghetto*, sin aspirar a ‘fuentes más universales de poder’⁸. En ese pensamiento, el cuestionamiento se repliega sobre la ‘micropolítica’ sobre las problemáticas particulares, mientras deja la ‘gran política’ a sus nefastos dueños actuales, los que controlan las empresas, los medios de comunicación y los aparatos estatales. Al no buscar una articulación más amplia, el potencial radical dado por el reconocimiento de sectores y posturas antes soterradas, queda en gran medida anulado.

SOBRE LA INANIDAD DEL ANTIIMPERIALISMO PROCAPITALISTA

41. El concepto de imperialismo ha sido recientemente atacado desde posiciones de izquierda, como ligado a una fase del desarrollo capitalista hoy ya superada.⁹

42. El imperialismo, sin embargo sigue existiendo, como expresión de la potencia tremenda de los conglomerados internacionales, que tienen un sustento político—militar de privilegio en el estado norteamericano. La concentración y centralización del capital con fuertes manifestaciones monopólicas, la fusión de distintas formas de capital en el capital financiero, la penetración de las relaciones sociales capitalistas en el mundo entero, son características que se han mantenido y acentuado, confirmando en aspectos esenciales los puntos de vista de quienes analizaron la realidad social y dieron vida conceptual al término imperialismo en las primeras décadas del siglo XX, Lenin entre ellos. No hay razones teóricas, creemos, para abandonar el concepto, que asimismo conserva una eficacia política nada desdeñable.

43. Pero existe un costado de crítica a cómo se ha aplicado en muchas ocasiones la noción de imperialismo, que en cambio puede resultar sumamente fecundo. Nos referimos a cuando se lee al imperialismo (y por tanto al antiimperialismo), en clave excluyentemente nacionalista: El problema no sería el capital mismo, sino la injerencia en la vida nacional del capital ‘foráneo’. Podría glosarse: La cuestión a evitar no es la explotación del hombre por el hombre, sino la del colectivo nacional por el extranjero. Y también: El problema no es el capital, que ‘hace su negocio’, sino el ciudadano local, socio o funcionario público, que le facilita la entrada, o bien la obtención de ganancias ‘excesivas’.

44. Ese pretendido antiimperialismo, que no deja de ser procapitalista, tiende a pensar a la sociedad nacional como un conjunto potencialmente armónico, que sólo la presencia de cuerpos extraños (el capital externo o un estado extranjero), torna desigual, injusto, cruzado por antagonismos. Bastaría ‘expulsar’ al ‘intruso’, para poder reconstruir un orden nacional equitativo y justo.

⁸ D. Harvey, op. cit, p. 138.

⁹ Nos referimos no solamente al más que exitoso libro de Michael Hardt y Toni Negri (*Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002, edición original inglesa, *Empire*, 2000), sino a los trabajos de John Holloway, y otros autores de similar orientación, por otra parte críticos de aquella obra.

45. Una vez más, la historia está cruzada por el conflicto de clases, y éste se despliega en el plano mundial, y también al interior de las sociedades nacionales. En la medida en que el capitalismo se internacionaliza más estrecha y profundamente, más inadecuada resulta la crítica que ubica la contradicción principal como la dada entre nación—imperialismo, al tiempo que incluye en la nación a los capitalistas que actúan desde dentro de las propias fronteras. Éste corre el riesgo de ser un enfoque instrumentado por algunos sectores capitalistas para dirimir sus luchas por el mercado con otros sectores, tan monopólicos y explotadores unos como los otros. Y más profundamente, la forma de seguir asegurando que las clases subalternas crean que la solución de sus problemas provendrá de una reforma o recambio parcial de la elite dirigente de su país, en el que en el mejor de los casos pueden jugar un rol más o menos activo, porque esa elite sería representativa de ‘la nación’ a la que ellas también pertenecen. La emancipación social (más bien ‘nacional’), dentro de ese planteamiento, no puede ser realizada sino en clave ‘nacional’, y en general a través de un liderazgo caudillesco, paternalista. En nuestra América Latina esta configuración ideológica suele ser un problema importante a la hora de explorar los límites de los movimientos populares. Y en el presente suele acompañarse por una idealización del orden capitalista previo, que postula como horizonte máximo del cambio posible, el retorno, más o menos modificado, de políticas keynesianas, basadas en un estado nacional vuelto a su ‘fortaleza’ original.

46. La tradición socialista, por el contrario, apunta a que las clases oprimidas tomen el destino en sus propias manos, se autoorganicen y autogobiernen, en un proceso que asimismo apunte a una verdadera socialización (propiedad colectiva efectiva), y no a una mera ‘nacionalización’ (propiedad estatal), de los medios de producción fundamentales. En la tradición marxista sólo un proceso revolucionario integral llevado adelante por la clase revolucionaria puede desarrollar una *negación* efectiva del capitalismo.¹⁰ El resto es a lo sumo *revolución pasiva*, realización de cambios desde las clases dominantes para mejor garantizar la persistencia del sometimiento de las clases subalternas.¹¹

A MODO DE CONCLUSIÓN: LA LUCHA DE CLASES ES INTERNACIONAL POR SU CONTENIDO (...) Y TAMBIÉN POR SU FORMA

47. Hay una ventaja sustancial (en el medio de muchos problemas) a la hora de asumir la causa anticapitalista en la actualidad: El capitalismo ya no promete nada, sólo aspira a que no cuestionemos su dominio, como afirma F. Martínez Heredia.¹² Y extrema esa pretensión de no cuestionamiento, hasta el punto del ataque violento contra quienes la contradicen. En la era de la apoteosis de la diferencia y la ‘multiculturalidad’ (celebración promovida con entusiasmo desde los centros del poder mundial, por otra parte), el mayor poder de la tierra

¹⁰ Dos tratamientos radicales de la *negación* integral del capitalismo, y de los peligros de confundirlos con una ‘estatización’ de los medios de producción en aras de una mayor productividad y una organización racionalizada se encuentra, en registros muy diferentes, en el Epílogo de *Razón y Revolución*, de Herbert Marcuse, y en *El socialismo y el hombre en Cuba*, de Ernesto “Che” Guevara.

¹¹ Revolución pasiva es el término que Gramsci, en los *Cuadernos de la Cárcel*, aplicó a aquellos procesos de cambio social dirigidos por las clases dominantes, las que cuidan que no se rocen sus intereses estratégicos, ni se ponga en cuestión por los dominados su predominio político y cultural sobre la sociedad.

¹² “...el capitalismo simplemente ya no promete nada. Solo exige que no desafíemos su dominio; que renunciemos a la idea misma de que es posible otra vida que la vida bajo el capitalismo.” F. Martínez Heredia “Octubre amplió los límites de lo posible” en F. Martínez Heredia. *El corrimiento hacia el rojo*, La Habana, 2001.

tiende a ser derrotado en su soberbia acometida contra una organización social y cultural que le es profundamente ajena. Y parte de esa derrota se explica, por su propia incapacidad de comprenderla, de elaborar alguna estrategia distinta a la represión y al paternalismo burdo frente a ella.¹³ El poder norteamericano se sustenta sobre el fundamentalismo religioso, la restricción de las libertades públicas, censuras y represiones en su propio ámbito territorial, que siempre existieron pero hoy son más evidentes que nunca.

48. Si pueden ubicarse dos grandes promesas del capitalismo del siglo XX son el acceso masivo al alto consumo, y la ampliación constante de la democracia representativa, incluso superando la representación en dirección a la ‘participación’. Pues precisamente la marginación del mundo del consumo ha aumentado en las últimas décadas, tanto dentro de las sociedades de capitalismo más desarrollado como, con más evidencia y brutalidad, en las periferias. Y en cuánto a la democracia representativa desciende cada vez más en su ‘calidad’ al tornarse progresivamente más evidente que no son las instituciones políticas de la democracia liberal las que toman las grandes decisiones, y por tanto el voto ciudadano tiende a escoger entre quienes ni siquiera deciden. La gran carta del poder capitalista es encerrar cada vez más a las mayorías en sus ámbitos privados, reduciendo sus inquietudes al consumo, con predominio cada vez mayor de las imágenes sobre los bienes materiales. No tiene una visión del mundo presentada como progresiva, optimista, y dotada de alta credibilidad, para ofrecer.

49. El capitalismo se hunde progresivamente en la era de la brutalidad plena, caracterizado por la destrucción del medio ambiente, y el reciclado de las peores lacras de la humanidad a la hora de generar ganancias (desde los ejércitos mercenarios al trabajo infantil masivo, pasando por la guerra encarada como parte integrante del *big business*). Esclaviza como nunca en nombre de la libertad, siembra el terror en aras del antiterrorismo, expolia a buena parte del mundo con base en ‘deudas’ que se multiplican a sí mismas hundiendo a millones en la pobreza.

50. Se vive una época en que la trasnacionalización del capitalismo se ha acelerado y profundizado; y en que a favor de una verdadera revolución en las comunicaciones y la informática, junto con la disminución de las capacidades regulatorias de los estados nacionales, el capital se mueve fluidamente de un país y de un continente a otro, en que los procesos productivos se ‘deslocalizan’, en que la fuerza de trabajo puede operar a miles de kilómetros de la sede de las empresas. La lucha de clases siempre fue internacional en su contenido, pero hoy tiende a serlo también en su forma, como lo atestigua entre otros elementos, la profusión de movilizaciones contra organismos y reuniones internacionales, con participación de manifestantes provenientes de los más variados países y continentes. Y la necesidad de una mayor y más amplia internacionalización está dada por la actuación trasnacional de las empresas, la remisión de lo contaminante, lo peligroso, lo violatorio del derecho internacional, a las periferias... junto con la búsqueda de mano de obra más barata, que en las ramas de mayor sofisticación tecnológica incluye el trabajo a distancia de técnicos y empleados calificados del ‘tercer mundo’. Es el interés del gran capital que los trabajadores y los pobres se encierren en sus fronteras nacionales, y aun en sus comunidades locales, si es posible. Al capital, a los bienes, a la tecnología, se busca

¹³ La rebelión casi simultánea de varias ciudades iraquíes, y la generalización a musulmanes sunnitas y chiitas de la actitud de alzamiento activo contra el ocupante norteamericano, proyecta al nivel de lo probable un fracaso definitivo de la ocupación militar de Irak. Un enfoque nuestro sobre la invasión de Irak y sus perspectivas se encuentra en “Irak es un capítulo de la ‘injusticia infinita’ ¿podrá ser el último?”, artículo publicado en *Rebelión*,

conferirles la mayor facilidad de circulación. Son las personas, básicamente los trabajadores, los que tiene su movilidad afectada por normas y controles migratorios. 51. Ante ese cuadro, urge recuperar el internacionalismo. A lo largo de buena parte del siglo XIX y del XX, con un capital menos internacionalizado que hoy, los trabajadores tenían sus organizaciones internacionales. Parecían ser los capitalistas los eternamente destinados a chocar entre sí, detrás de sus respectivos estados nacionales. Hoy se da, lamentablemente, la situación en parte opuesta: Son las corrientes anticapitalistas, y los trabajadores, los que carecen de organizaciones verdaderamente representativas de alcance internacional. Su reconstrucción es un imperativo de la hora. La idea, siempre con mucho de espejismo, de ‘revoluciones desde arriba’ o ‘cambios en democracia’, que no alteren las relaciones fundamentales entre quiénes mandan y quiénes obedecen, y a lo sumo modifiquen la composición de las elites con capacidad de decisión, resulta hoy mucho más esquiva que nunca. Los estados nacionales ya no son lo que eran, y tienden a no garantizar siquiera las libertades públicas y las certidumbres más elementales, cuando no son los actores fundamentales de las restricciones y supresiones que sufren.

52. La ‘universalización’ rápida de movimientos tan locales y periféricos en su manifestación inicial como el de Chiapas, la posibilidad y voluntad de convocar a personas de los cinco continentes en un punto del planeta para boicotear una conferencia internacional del gran capital, como se ha visto de Seattle en adelante, la enormemente incrementada puesta en contacto e interacción de resistentes y revolucionarios de todo el mundo a través de (y dentro de) Internet, son indicios del camino de internacionalización también en la forma, también en la configuración del conflicto puntual, de la lucha de clases a nivel mundial.

53. Son las clases subalternas las que necesitan tomar el mundo en sus propias manos, dejar de delegar en dirigencias en las que no confían, y de responder sólo con la resignación apática o la abstención a las presiones del poder. No puede partir de otro lado la conciencia plena de que el gran poder del capital, internacionalizado y diversificado hasta el límite, es un enemigo a combatir incansablemente, si de mantener las esperanzas de alcanzar una sociedad más justa e igualitaria se trata.

54. Pero la asunción del propio destino no es una decisión que pueda tomarse con independencia de las constricciones de un sistema social que hace todo por destruir lo que no puede neutralizar o incorporar a la ‘participación’ alienada tanto en el consumo ‘privado’ como en la vida ‘pública’. Se requiere una cultura y una visión del mundo diferente, que pueda derivar en organización y acción de alcance mundial que cuestione exitosamente a la sociedad capitalista en su integralidad, en su regirse por el valor de cambio y no por las necesidades humanas. Y con ella a todas las sociedades de clase en cuánto expresión de privilegio y poder para minorías que deciden sobre la vida de mayorías. No es un proceso social que se resuelva en días o en meses, pero el avance en esa dirección determinará buena parte del porvenir.